

ALEJANDRO CARRION

LOS COMPAÑEROS DE DON QUIJOTE

1.—*El Mundo contiguo*

Creo lícito afirmar que, a través de los largos siglos que la humanidad ha vivido, la existencia de un mundo contiguo al duro y lastimante de la realidad cotidiana ha ayudado al hombre a dar cima a su “permanencia en la tierra”, cumpliendo con desfallecimientos transitorios, pero cumpliendo al fin, el número exacto de días y de noches que le fuera asignado al nacer, sin acortarlo de propia voluntad desesperada. Ese mundo contiguo, que está, como si dijéramos, al alcance de la mano, siempre listo a entregarnos sus tesoros, es el de la fantasía, el del soñar despierto, el del suelto imaginar, y a él tienen acceso todos los hombres, sin que en sus fronteras se ejerza discriminación alguna. A ese mundo debe el hombre la mayor parte de sus alegrías y es en su ámbito donde ha conseguido sus únicos momentos completos. Gracias a él ha podido “elevarse” —usando el término en el sentido que le da nuestro pueblo en su lenguaje lleno de poesía—, abandonar la realidad y vivir, y de él ha traído tanto la obra de arte como las maravillosas invenciones con que ha hecho menos dura su real existencia, ya que el poeta y el inventor trabajan, parejamente, con materiales que de él provienen. En ese mundo transcurrió la vida de don Quijote, suelto de la ruda coraza de la razón corriente, y en ese mundo los hombres de la Edad Media, como los de todos los tiempos, buscaron su consuelo y de él trajeron mucho de su esperanza. Contra la dura injusticia que los rodeaba, en él imaginaron encontrar su defensa,

creando una especie de hombres que vivían para la justicia y el amor, cumpliendo por este doble ideal arduas tareas y dando cima a espantables aventuras superiores a cuanto las débiles fuerzas humanas podían realizar en la luz meridiana. Esos hombres fueron los caballeros andantes, los compañeros de don Quijote, los que pertenecieron a su linaje, ese linaje del cual él se sintió tan orgulloso. Porque don Quijote fue el último y más completo de los caballeros andantes y siempre permaneció fiel a sus leyes e ideales y se movió dentro de su tradición y solamente se tentó a abandonarlos a la hora de morir, cuando su razón se trasladó desde el mundo contiguo a este duro mundo donde habitamos tú y yo, lector, y el cura y el alma y la sobrina.

Supongo que ya es superfluo el defender a don Miguel de Cervantes, encarnación del genio de España, de la calumniosa imputación según la cual trajo al existir de la letra, tan real como el existir de la carne, al magnífico Caballero de la Triste Figura con la sola menguada aspiración de destruir el irreal mundo de la caballería. Lo supongo, porque está claro que el aceptar tal cosa equivale a cerrar los ojos ante la inmensa bondad humana que es la esencia de la obra de Cervantes; jamás él, que tan necesitado estaba de defensa y de paz y de consuelo, cegaría una fuente de defensa, de paz y de consuelo para todos los hombres. Ya el mismo don Marcelino, que lo leyó todo y lo entendió casi todo, desmintió hace muchos años, cuando aún tenía negra la barba, esta burda calumnia contra la máxima obra cervantina. Ya dijo él que Don Quijote no fue "obra de antítesis ni de falsa y prosaica negación, sino de purificación y complemento, que no vino a matar un ideal, sino a transfigurarlos y enaltecerlos" incorporando en ella con más alto sentido "cuanto había de poético y noble y humano en la caballería", de tal manera que el Quijote "es el último libro de caballerías, el definitivo y perfecto". Y no fue don Miguel quien dio muerte a la novela de caballerías: fue el surgimiento de una época nueva, en la que las reales maravillas superaron a las más asombrosas creaciones de la imaginación. Por lo tanto, lector amigo, cuando algún dómine mentecato en tu presencia enseñe que Cervantes dio existencia al Quijote con el estrecho ánimo de dar por siempre fin a los libros de caballerías, no le des ningún crédito: el pobre hombre está repitiendo una alevosa calumnia, lanzada contra don Miguel por aquellos hoscos y áridos hombres que abominan del dulce y libre ensoñar y odian la existencia milagrosa e invencible de ese mundo contiguo en que se refugia el hombre de la tristeza y de la soledad, mundo que durante la Edad Media estuvo casi exclusivamente poblado de caballeros andantes, protectores del desvalido y vencedores de los falsos monstruos

que nacen cuando la razón duerme y se esfuman cuando la luz de la inteligencia disipa el reino de las sombras.

La vida, durante la Edad Media, era, si ello es posible, más dura que la dura vida de este siglo. Y lo era por una tremenda razón: porque era una vida ceñrada. El hombre no poseía los maravillosos recursos de que hoy dispone para combatir la soledad y la tristeza y fugarse de la agobiante realidad cotidiana. Estaba encadenado al escenario de su nacimiento y no podía cambiarlo sino con aterradora lentitud, porque los caminos estaban solamente en la tierra y para recorrerlos no se contaba sino con el propio pie o el caballo. Las sombras de la noche eran más densas y persistentes, sin la luz eléctrica para dominarlas, sin el cinematógrafo para poblarlas de una falsa vida que nos distraiga de la nuestra verdadera. Porque la lentitud mortal de los días de nieve o de lluvia solamente podía aligerarse con la pesada conversación de un anciano que relataba lejanas batallas, o con la de un juglar que traía noticias del ancho mundo, pero noticias ya viejas y adulteradas, que casi no servían. Ni el diario ni ese milagroso aparato, el radio-receptor, para estar en estrecho contacto con los hombres de los antípodas y para recibir la música suelta, que penetra y atraviesa el mundo sin fronteras. El tiempo y el espacio eran aún jóvenes, estaban enteros, invictos, y la vida era cerrada y la soledad y la distancia más crueles y tenaces. La vida durante la Edad Media era más dura porque el hombre estaba encadenado al suelo y al tiempo mucho más que hoy.

Y también porque era una vida más insegura y más justa. No había quién vele por la tranquilidad de los hombres y de las poblaciones huérfanos hasta de la imperfecta protección del gendarme. La ley era, más que hoy, suceptible de alterarse por la voluntad de los poderosos. La inseguridad de los caminos y de los hogares mantenía a los hombres temerosos e insomnes. Quien llegaba al mundo sin la defensa de la sangre o la riqueza, estaba, indudablemente, mucho más desamparado que hoy. El alma se encontraba, en mayor grado que ahora, encadenada a oscuras creencias y supersticiones espantables, y la razón no alcanzaba a dar a las gentes la tranquilidad que viene de su firme luz clarificadora. El pecado y el demonio tiranizaban al hombre tanto como la distancia o la fuerza. Y la letra, que es la luz de las almas, era privilegio, y el libro objeto de lujo con sus hojas de pergamino sabiamente miniadas, y fuente de peligro, porque en sus pesadas páginas se podía esconder la herejía, celosamente vigilada por los centinelas de la fe, señora de la razón y ama de la inteligencia. Y fue así, casi en calidad de única defensa contra tan dura vida, como

la Edad Media se dio a ensoñar, y primero por voz de sus juglares —sus poetas andantes— y luego por letra de sus novelistas, pobló su mundo contiguo con la vasta y numerosa gente de la caballería andante, en cuyos héroes, vengadores de agravios, cifró toda su insaciable sed de justicia.

Y esta sed fue saciada por los ingenuos hombres de la oscura Edad Media —alguien hubo de llamarla, bella y certeramente, “noche oscura del alma”— en las largas noches de soledad en que el juglar relataba las proezas de los Caballeros de la Tabla Redonda o de los Doce Pares de Francia, y cuando caían derrotados “los hijos de la sierva”, y eran desencantados los hermanos del Caballero del Cisne, y Amadís daba muerte al Endriago y deshacía con su verde espada a Famangomandán, el jayán del Lago Ferviente, y a Mandanfabul, el jayán de la Torre Bermeja, y Percival mataba al Caballero Rojo, y bajo los cascos del corcel de Sir Galaad caían las serpientes, los gigantes y las más brutas y espantables animalias, y se deshacían los siniestros encantos de Merlín y Arcalaus que presentaban al caballero falsos mundos de indecisa luz y engañosa y fementida venturanza, y eran desmascarados el falso Galván y el falso Lanzarote, y volvían los verdaderos caballeros de la “sangre ligera” y el pecho immaculado, presentando ante sus ojos tristes el nunca conseguido espectáculo de la justicia restablecida, del humillado vuelto a su entera calidad humana y del tirano sumergido bajo tierra. En los monstruos, endriagos y gigantes reconocía a sus opresores por la fuerza, los señores feudales, los salteadores y los mercenarios; y en los magos, encantadores y alquimistas, contemplaba a sus opresores espirituales, los que llenaban su alma de oscuros terrores y lo amenazaban con el sambenito, la tortura y la hoguera al menor conato de independencia y libre examen. Y era así cómo, en el mundo contiguo, creado por la voz del juglar o por la letra del novelista, se restablecía el equilibrio, renacía la justicia y de Amadís y Lancelot los hombres recibían la fuerza necesaria para continuar en la vida.

Las primeras historias de caballerías, relatadas en verso, que comprenden los ciclos carolingio y bretón, nacieron y se extendieron por Europa desde las anónimas gargantas de los juglares, los poetas vagabundos, correos y periodistas de la Edad Media, cuyo salario era tan sólo “un vaso de bon vino”. El único autor responsable de ellas es el hombre medieval común, que no tenía espada ni caballo para su defensa y cuyo único campeón en la tierra era la libre facultad de ensoñar, de trasladarse al mundo contiguo y en él vencer por brazo de Amadís y amar por corazón de Tristán. La lengua en que estaban

construídas era todavía dura, áspera, inexperta y sus duras aristas no se limaban aún en el arte maravilloso de los escritores. Con este bárbaro ropaje Tristán y Parsifal, Lancelot y Lohengrin visitaron a los hombres y se quedaron en sus corazones, a los que dieron fuerza y esperanza. Tan sólo después de cuatro siglos, cuando ya la Edad Media desembocaba en los Nuevos Tiempos y su oscuridad recibía, negra tierra propicia, la semilla de luz del Renacimiento, el galopar poderoso de la Caballería Andante se trasladó del impreciso reino de la palabra del juglar a la segura e invariable vida de la novela escrita, donde humildes y grandes artistas fijaron para siempre la gesta de Amadís y la de Cifar y la de Tirant y lo Blanch. Y como esos artistas eran fieles de la religión de la maravilla, escondieron sus nombres tras leyendas ingenuas en las que se contaba que el libro fue encontrado, largos años atrás, en la tumba de un mártir, en Constantinopla, o en la de un sabio alquimista en las nunca halladas provincias del Imperio de Tigrida, feudo de uno de los hijos de Cifar. Y así, mientras el héroe brillaba por el ancho mundo, el nombre de su padre el novelista era para siempre olvidado, y los historiadores del porvenir quedaban condenados a llenar gruesos volúmenes discutiendo quién pudo ser el autor de Amadís.

Reuniendo sus características esenciales y siguiendo su desenvolverse en el tiempo, podremos perfilar tres tipos de caballero y tres caballerías: la carolingia, aún dura e imperfecta; la bretona, donde el ideal desborda los vasos humanos y se vuelve mortal e impreciso y la española, escrita ya, en la que el héroe, creado a su sabor por el artista, sin sujeción a tradición o leyenda, aúna los ideales de los ciclos precedentes, los perfecciona y pule en grado sumo, hasta darnos la esplendorosa figura de Amadís el de la verde espada, que salió del mar para amar y vencer y no morir y que, después de haber sido “el norte, el lucero, el sol de los valientes y enamorados caballeros”, entregó la palma al perfecto caballero, nuestro señor don Quijote de la Mancha, el de la triste figura, en cuya historia está, para siempre completa, la verdadera imagen de la torturada alma del hombre.

2.—*La Caballería, el caballero y sus potencias*

El beato Ramón Lull, teólogo, navegante, mártir, poeta, novelista, conquistador, políglota, apóstol y caballero andante, quien asistió personalmente a la fundación del “Orde de Cavayleria”, hecho por mandato e inspiración de Dios, nos da el siguiente testimonio de tan magnífico acontecimiento en uno de sus olvidados libros inmortales:

“Habían desfallecido en el mundo la caridad, la lealtad, la justicia y la verdad, comenzando a imperar la enemistad, la deslealtad, la injuria y la falsedad, y de aquí nació gran trastorno en el mundo cristiano. Y como el menosprecio de la justicia había sido causado por falta de caridad, fue menester que la justicia tornase a ser honrada por temor; y para todo esto el pueblo fue repartido en millares, y en cada mil fue elegido un hombre, el más amable, el más sabio, el más leal, el más fuerte, el dotado de más noble valor, de más experiencia y más perfecta crianza que los restantes. Y se buscó entre todas las bestias cuál era la más hermosa y la más ligera y corredora y la más sufriendora de trabajos y la más digna de servir al hombre. Y como el caballo és la bestia más noble, por eso fue elegido y entregado al hombre que había sido preferido entre mil y por eso a este hombre se llamó caballero”.

Lector amigo: para entrar en el mundo de la caballería, como para hacerlo en el reino de los cielos, hay que saber creer. Te pido fe para cuanto te cuente, porque de otra manera no podrás encontrar en tu inteligencia la disposición especial que hizo posible el mundo de suelta fantasía al que nos vamos entregando. Por lo tanto, te pido creer al milagroso monje medieval y aceptar como verdad irrefutable que la caballería se fundó como él lo afirma. Hé aquí, pues, que el caballero es un hombre más amable, más sabio, leal, fuerte, valeroso, experimentado y cortés que mil de sus cofrades, y que de entre ellos ha sido escogido para hacer que la justicia, que había sido menospreciada a causa de la falta de caridad, es decir, de amor al prójimo, fuese honrada nuevamente por obra del temor. Este es el caballero y ésta su tarea. Desfallecerá a veces, que es hombre y como tal adolece de interna debilidad, pero de sus caídas se levantará y continuará cumpliendo su tarea, dando cima a su aventura, ardiendo en su puro ideal. Y sobre la tierra le será dado un premio: la flor de las damas, la que su amor escogió entre las mil que la rodeaban, como él fue escogido de entre los mil que lo envolvían. Lo acompañará en su empresa la bestia más noble y sufriendora: el caballo. De entonces proviene el estrecho vínculo de amistad que une al hombre con el caballo; vínculo que devino de un tratado celebrado de especie a especie, no de individuo a individuo. Hé aquí un resumen del convenio por el cual la especie humana se unió a la equina para las más nobles empresas: El caballo llevará al hombre sobre sus fuertes lomos, obedecerá su voluntad ciegamente y será todo lo valeroso y esforzado que se le pida. En cambio, el hombre no comerá al caballo ni lo considerará su siervo ni lo maltratará o convertirá en bestia de

carga; lo tendrá en elevada consideración de indispensable y predilecto camarada, subvendrá a su alimentación abundantemente, lo enjaezará, lavará, curará y amaestrará y le permitirá morir a su lado cuando luche por el más caro de sus ideales y el más puro de sus amores. Pacto claramente distinto del celebrado con el perro, que no es pacto general de la especie humana con la canina, sino pacto individual de cada hombre con su propio perro, que será para él fiel amigo y siervo, pero que para los demás hombres será rencoroso y feroz enemigo... Pero este es otro asunto.

El caballo es, pues, esencial para el caballero. No importa que alguna vez Tristán haya utilizado una carreta, vehículo vil, halado por un buey, animal que no es aliado sino prisionero del hombre. No importa también que Lohengrin haya preferido siempre un batel halado por un suave cisne, que era su hermano, víctima de irredimible encantamiento... Son simples excepciones: el caballero, pese a la omisión transitoria de Tristán y a la reincidente de Lohengrin, no estará verdaderamente completo sin su caballo. Por eso, cuando un mago malvado quiere herir a Cifar en lo más delicado de su alma, hace que todos sus caballos mueran a los diez días de haberlos servido. Y el mago logra su nefando objeto: una hosca tristeza se prende del corazón del caballero. En la historia de Reinaldos de Montalbán, el caballero-bandido del ciclo carolingio, se sabe de algo verdaderamente enternecedor y terrible: el caballero, sitiado en su castillo por el Emperador, a punto de morir de hambre, resuelve en un gesto de sacrificio definitivo matar a su caballo para alimentar a sus últimos parciales. Cuando llega el fatal momento, la maravillosa bestia se arrodilla ante Reinaldos y, dócil y dulce, extiende voluntariamente el cuello para recibir de las manos amadas el golpe mortal, que jamás podrá descargar el terrible caballero, cuyos ojos por vez primera rebosaban de Lágrimas...

El caballero, además del caballo, deberá, para ser completo, tener espada, dama y escudero. No se concibe un caballero sin espada: la noble arma es la definitiva forma de su brazo, el filo de su mano, la lógica terminación de sus ojos. La espada y el caballero se corresponderán como se corresponden la letra y la palabra. En ocasiones, una misteriosa espada estará incorporada al cuerpo mismo del caballero: aquella ardiente espada impresa sobre el cuerpo de Amadís de Grecia, cuya empuñadura reposaba en su rodilla y cuya punta descansaba precisamente sobre su corazón, y que en las noches dedicadas a la aventura se encendía de angélico fuego y brillaba a través de la fuerte armadura. El caballero pondrá nombre al caballo y también

se lo pondrá a la espada, y la llamará "Durenda" por su diamantina dureza, o le dirá "Joyosa" porque con su acero nunca empañado dará al caballero la suprema alegría de vencer. A veces, predominantemente entre los imperfectos caballeros carolingios, tan lejanos del sutil refinamiento de un Lanzarote o un Amadís, un arma inesperada sustituirá apresuradamente a la espada, inexplicablemente olvidada en el otro extremo del salón o puesta fuera del radio de la mano por algún felón encantador. Y así, Reinaldos y Bertholais lucharán a puñetazos, y la pelea finalizará con la poco limpia muerte que el primero dará al segundo golpeándolo con un tablero de ajedrez. Así, Maynete entrará a la batalla de Monfrín armado de una estaca, y se batirá con Hainfroid, el hijo de la sierva, armado con un asador. Pero tan sólo para estos caballeros iniciales, todavía bárbaros, la espada faltará de la mano en el instante preciso. Después, el caballero no se alejará de ella nunca, de la misma manera que no podrá alejarse de su mano, ni de sus ojos, ni de su alma.

El escudero es el agente de negocios, el representante y el sirviente del caballero, el puente que lo liga a los asuntos del mundo relacionados con la moneda, el alimento, la vestidura, todos aquellos desagradables menesteres secundarios, desgraciadamente indispensables, para los cuales, por su pequeñez inexcusable, no se podrán desperdiciar y perder los minutos del caballero, pertenecientes no al tiempo limitado y raquíptico del negocio, sino al glorioso, lleno de luz, tiempo de la aventura. El escudero es, además, el mejor amigo humano, tan adicto como el caballo y como la espada, y hace de guardaespaldas, de explorador, de enfermero, de despertador que lleva al loco soñador al mundo real, cuando desde éste se le tiende una celada mortal, y, por sobre lo demás, es el interlocutor atento, lleno de objeciones humildes y de esa sólida sabiduría popular que se concreta en refranes y se niega a aceptar embelecos y novelorías. Y es, además, el autor intelectual de las astucias y las añagazas que nunca podrían ocurrírsele al caballero. El será quien aconseje a Maynete la estratagema de herrar los caballos al revés, cuando huye de Marsilio y él quien le alcance el asador para la disputa con Hainfroid. Y, por último, será a través del escudero que el realismo se colará en la novela de caballerías y, bruscamente, la traerá de su aéreo territorio al sólido, firme campo de la vida. Ribaldo, el abuelo de Sancho, el escudero de Cifar, primera persona de grueso y sólido material que vive en el mundo de la caballería, tendrá siempre a su amo por un mozo loco, "desventurado y de poco recabdo", a quien hay que amar y dar gusto como a un niño mimado, pero a quien hay que proteger

celosa, maternalmente, porque sus ojos no pueden apreciar las verdaderas proporciones...

A partir del ciclo bretón, es la dama la fuente de la fuerza y de la debilidad del caballero. Anteriormente, en el ciclo carolingio, la dama ocupa secundario lugar y de ella se sirve el caballero sin escrúpulo alguno, y la abandona luego, como Maynete a Galiana, Pierres a Magalona, Lohengrin a Elsa. Pero luego, el caballero depende de la dama, y de ella recibe la fuerza y por ella logra la gloria y también por ella se pierde y enflaquece. El amor que inflama a Tristán por Iseo es más fuerte que el honor, que la sangre, que la muerte, y llena todos los instantes de su vida como una amplia llama. El caballero está atado a la dama por estrecha cuerda de amor que ella maneja; y la sed de la dama lo atormenta insaciable, así beba de ella con ansia frecuente e incontinida. Así amará Amadís, espejo de los fieles amadores, a su señora Oriana, y un día, ya cercanos los tiempos enlutados de la penitencia de la Peña Pobre, hecha para recobrar la merced de la esquivada adorada, le confiará su verdad a Gandalín, el escudero, el confidente fiel: "Sábetе que no tengo seso, ni corazón, ni esfuerzo, que todo me es perdido cuando perdí la merced de mi señora: que de ella e no de mí me venía todo... e sábetе que tanto valgo para me combatir cuanto un caballero muerto..."

Y es así, con la fuerza que desde los ojos de su dama a su alma llega, con la constante ayuda del escudero fiel, del buen caballo sufridor y esforzado y de la buena espada cuyo brillo ni el aliento empañía, que el caballero cumple, según la voluntad de Dios, su tarea de justicia en el mundo contiguo.

3.—*La caballería carolingia, semilla de las caballerías*

El caballero carolingio, su gesta toda, adolece de grave imperfección si se lo considera como simple creación de la fantasía, pues tiene en su carne y en su aventura un alto porcentaje de realidad histórica. Como los del ciclo bretón, estos caballeros surgen de una materia poética difusa y vacilante, y sus hazañas y genealogías son confusas y contradictorias, pues sólo vivieron en las canciones volubles de los juglares, en los romances españoles, en los lais de Francia, en los mabinogion gaélicos. Y, en ambos casos, carolingio y bretón, caballeros y caballerías nacieron del entusiasmo que en la mente popular dejaban grandes héroes de carne y hueso, hacedores de historia, como Carlomagno, defensor de Francia frente a la temida invasión de los árabes, o como el Rey Arturo, defensor de Bretaña contra la invasión sajona. Estos grandes héroes históricos, envueltos en el

tiempo, tienen en los poemas caballerescos la formidable estatura imprecisa que presta a los árboles la niebla. El caballero carolingio puede ser ubicado en una época determinada del tiempo, en un país preciso de la geografía europea, y su árbol genealógico no es extraño a los que respalda la vieja hojarasca de los archivos. El motivo de su lucha no es propiamente caballeresco, es decir, no está consagrado exclusivamente a combatir la injusticia y la mentira, a restablecer la verdad y a hacer que sea *honrada* la justicia "por temor". Maynete (que es Carlomagno), y sus Doce Pares, entre los que brillan el arzobispo Turpin, Rolando, Reinaldos de Montalbán, Guarinos y Gaiferos y los cuatro Aimones, luchan para impedir que el Imperio caiga en poder de los árabes, móvil eminentemente político, de alta política internacional, en el que se juega el destino de Europa y, por lo tanto, del mundo; o chocan entre sí, rebelándose contra el Emperador, en típicos episodios de revuelta feudal, móvil igualmente político, de política nacional, incidentales momentos de la larga lucha de las naciones para surgir de enmedio de la atomización feudal. El caballero carolingio está, pues, preso todavía del mundo de las evidencias, y atado al ser de su tiempo. La dama aún no existe en su historia: es solamente la mujer, está todavía en la condición de agradable accidente o de útil compañera; y es sacrificada sin vacilar cuando así el destino glorioso del caballero lo exige. Maynete no vacilará en abandonar a la divina Galiana, que le dio el amor y el poder en tierras moras de Toledo, para seguir su aventura mediterránea. El amor nace recién al final de la caballería carolingia, con la apasionada historia de Flores y Blancaflor, y es semilla que crece y fructifica en forma no pensada y terrible en los poemas de la "materia de Bretaña", cuyos caballeros, Tristán y Galván y Lancelot, jamás abandonarían a su amada para rescatar una joya, como lo hizo Pierres con Magalona; ni dejarían para siempre a la rubia e indiscreta Elsa, por haber cometido un explicable y mínimo pecado de curiosidad, al insistir en su justo deseo de conocer el nombre de su misterioso marido el Caballero del Cisne. Para los Caballeros de la Tabla Redonda, como para Flores, es la amada la única fuente de la vida, y al privarse de ella la muerte y la inacción y la locura los invaden y destruyen.

Pero así como el amor asoma, tímido aún, pero ya lleno de excelsa fuerza en la historia de Flores y Blancaflor, también otros extremos típicos de la caballería surgen en medio de la bárbara y brutal gesta carolingia. Por ejemplo, la pasión por la justicia. Tal es el caso de ese admirable Oberi de Mondisdier, que se dejó matar por defender a la emperatriz Sevilla, de quien no estaba enamorado y

a quien no había visto nunca, solamente porque le era intolerable el espectáculo de la injusticia de que la había hecho víctima el inundo Macaire. Tal es también el caso de Gudufre de Bullón, héroe caballeresco desprendido del terrible Duque de las Cruzadas, quien lucha ya por la simple honra de la justicia escarnecida sin aceptar, tras el triunfo, premio alguno, ya sea de oro, de tierras o de amor. Tras su batalla con el mal caballero Guión de Montefalcone, que había arrebatado las tierras de una tan hermosa como desvalida doncella, Gudufre tuvo oportunidad de dictar para siempre la ley de la caballería, y su comportamiento entonces fue la norma insuperada de la conducta del perfecto caballero para con la dama, después de la victoria. Hé aquí cómo relata "La Gran Conquista de Ultramar" este momento cumbre de la historia de la caballería:

"Cuando la doncella vio que Gudufre había la tierra cobrado, cayó a los pies e pidióle merced que de ella e de cuanto había feciese a voluntad; e él respondió que gelo gradescía mucho, mas que aquella lid no tomara él por amor de mujer ni por cobdicia de haber nin de tierra, salvo tan solamente por Dios e por el derecho que él creía firmemente que ella tenía. Mas que pues ella había cobrado su tierra no demandaba él más, e con elo era él pagado".

Los magos del ciclo carolingio son aún simples aprendices. Si bien ya producen los encantamientos, es decir, los mundos de la falsa apariencia, donde acontecen los apresamientos en la falsa forma, si se comparan sus hazañas con las de los magos de Bretaña, se comprende que aún son simples aprendices. Efectivamente, las hazañas de Molgesí de Egremont, pongamos por caso, no van más allá de enfermar el caballo de Carlomagno para que no derrete al de Reinaldos, o de sumir en profundo sueño al mismo Emperador, a fin de que el de Montalbán pueda secuestrarlo y pedirle rescate. Las brujerías de la suegra de la Infanta Isomberta, al aprisionar en la falsa forma a los siete hermanos de Lohengrin; la magia de los tres anillos que destrozó el corazón de la linda Magalona: todas estas hazañas se parecen irresistiblemente a las pequeñas brujerías infantiles de "Las Mil y Una Noches", salvo las de Molgesí, que son picardías hasta hoy repetidas y castigadas por las autoridades de policía. La terrible magia de Merlín y de Arcalaus, que crea la falsa apariencia dentro del alma, que sustituye los corazones de los caballeros, que arroja sobre sus ojos niebla de delicia y sobre sus miembros hambre de inacción, esa magia de maldad infinita recién ha comenzado en el ciclo carolingio con juegos infantiles. En cambio, ya aquí estarán las "encantadoras"

del lado de los caballeros, y así como Urganda la Desconocida protegió a Amadís, y el Hada Melusina a Lancelot, protegerá Galiana, la de los negros ojos, a Maynete, el ambicioso y huraño caballero de corazón de hierro y manos ávidas.

La intervención divina, como la de los magos, estará siempre presente y se ejercerá a favor de los caballeros. El sol se detendrá el doble de tiempo que cuando lo hizo para permitir a Josué forzar la entrada de la Tierra Prometida, y lo hará para que los Doce Pares puedan vengar la muerte de Rolando. Un ángel vendrá a avisar a Lohengrin la oscura verdad de su nacimiento. Todos los ángeles descenderán a la tierra y sobre sus alas cándidas conducirán al reino de los cielos el ensangrentado cadáver de Roldán, muerto por la fe, en la traidora ruta de Roncesvalles. Transcurrido el ciclo carolingio, la intervención divina ya no se ejercerá en la lucha de los caballeros: solamente Cifar, ese extraño fraile-marido-mercenario la recibirá. Los grandes Caballeros de la Tabla Redonda, y Amadís y Tirante y Palmerín se batirán tan sólo bajo el amparo de los ojos de su dama.

Pero la flor perfecta que nos deje la caballería carolingia, sobre la realidad de amor balbuciente de Flores y Blancaflor, sobre el gentil desprendimiento de Gudufre, sobre la ardiente sed de justicia de Lohengrin, sobre el heroico sacrificio de Oberi de Mondisdier, será la limpia flor de la amistad. Nunca más podrá la especie humana avanzar paso alguno en el camino de la amistad: la de los caballeros carolingios Oliveros y Artús es la amistad perfecta, por encima de todos los accidentes de la vida y todas las volubilidades del alma. Será el verdadero y puro amor, lejano de todo turbio estremecimiento carnal, que une a un hombre con otro, y lo hace fuerte en el viril clima de esa unión, y por ella, por esa fuerza pura y simple, lo lleva a la realización de las más altas hazañas. Cuando Oliveros es atacado de lepra, la amistad de Artús llega a lo sublime: con firme mano mata a sus hijos y lava con su tierna sangre cálida las llagas purulentas del amigo y lo cura. El buen Dios que esto mira, da a Artús y a Oliveros el único premio posible: la resurrección de los niños.

4.—*La nueva y misteriosa "materia de Bretaña".*

La llamada "materia de Bretaña", poesía de un extraño pueblo rebelde al cristianismo, virgen de toda contaminación con el alma clásica que aún en la Edad Media renacía en oscuras versiones de la milagrosa vida de Alejandro o en desvaídas refundiciones de la Enei-

da, y totalmente lejana de todo contacto con la férrea, áspera y mística alma de la Edad Media francesa y germánica, ni con la realista y católica España de la derrota y de la reconquista, el pueblo celta, antiguo y desventurado, que se había resistido oscamente a la conquista material y espiritual de Roma, y que había derramado su sangre apasionada y delirante peleando contra los sajones, y que era una extraña raza acosada y empujada a un extremo rincón del mundo, a una isla brumosa y áspera, a un rincón de esa isla, al país de Gales, envuelto en las olas de un mar sordo y turbulento, era una poesía nunca oída en el mundo y venía a abrir a los hombres pasajes insospechados de sus almas, y a enriquecerles y envenenarles extraña, espantosa y deliciosamente.

Está fundada esta poesía en el misterio y en la pasión, en la fiebre avasalladora e incontrolable del amor, y su expresión perfecta es el ideal de la caballería andante. Si bien con Gudufre y con Lohengrin, con Mondisdier y con Flores, la gente carolingia había llegado a pisar la frontera de la errante caballería, siempre su acción hubo de resentirse de motivos "rationales y sólidos", de moverse dentro de "su tiempo y su espacio", de estar aún sometidos al control de la historia y a la crítica del historiador. En cambio, estas delirantes gentes de Bretaña, estos incontinentes Caballeros de la Tabla Redonda, por cuyas venas corre una sangre de fuego y de veneno, no conocerán más móvil que la pura aventura, la aventura en sí, y ejercitarán su fuerza en medio de una tiniebla densa y deliciosa, terrible e inefable; y lucharán por el propio e inenarrable placer de la lucha, por el deportivo espectáculo de la extensión de su propia fuerza, de su irreflexiva audacia; y vivirán en medio de una poderosa arquitectura de ensueño, que la más arrolladora realidad no podrá jamás abatir. Están ellos en el suelto mundo de la fantasía, victoriosa sobre todas las cosas. Una raza por todos acosada y por todos vencida, abrumada de siglos de soledad y de tristeza en un país de bruma, iba a lanzar sobre el mundo ingenuo y bárbaro de la Edad Media cristiana su incontinente torrente de sueños, acrecido en las centurias de su soledad y de su derrota, de su sangre insaciada, de su fuerza siempre en la dura realidad abatida. Y ese torrente, equívoco, malsano, neblinoso y extrañamente perturbador, pagano, desnudo de toda moral y dueño de una vida abrasadora e irresistible, se iba a hacer dueño por siglos, por la eternidad, de lo más puro y delicado y alto del alma de todos los pueblos de Occidente: de su poesía, del esqueleto angélico e intocable de su poesía.

Y como no están defendiendo los intereses de una nación, ni las



aspiraciones de una clase; como están luchando por el amor de los sentidos y por el ideal místico e impreciso —pues ellos no son cristianos ni siquiera cuando con Parsifal se dirigen a la conquista del Santo Grial— de una eucaristía que no halla sitio en la teurgia católica; como no galopan sobre caminos de un país conocido ni derriban coronas que la historia respalde; es natural que sean ellos los dueños de la tierra y que compongan estos caballeros la primera caballería universal, y que no encuentren resistencia para formar parte de cada una de las literaturas europeas de la hora, amalgamándose íntimamente con los héroes de cada nación, y vistiendo sus trajes y durmiendo en sus pueblos y hablando sus idiomas y admitiendo todas las modificaciones que el espíritu de cada literatura nacional les imponía. Y así se explica que haya Tristanes, Lanzarotes, Parsifales, Galaads y Galvanes de todos los países, sin que la terrible y turbia materia de sueño y poesía que los constituye íntimamente, esa “fatal, ilícita y quimérica materia de Bretaña” sufra menoscabo alguno en la esencia intocable de sus almas.

La figura central de este extraño ciclo poético que se adueña del mundo de Occidente a despecho de su paganismo esencial, está indecisa entre un rey bretón, Artús o Arturo, de cuya existencia sale fiador el Obispo de San Asaf en una remota Historia de Bretaña, y un poeta y mago celta que parece haber llevado el nombre de Mirdhin en su lejana existencia real, pero que lentamente se fue convirtiendo en Merlín, el sabio, el encantador, el inigualado creador de la falsa apariencia. Artús, el rey, el que comía pan con sus caballeros en una mesa redonda, el marido de la reina Genièvre, el padre de Balbina, la amada de Gauvain, fue hijo de Untependragon, rey de Bretaña, y con sus caballeros dio duras horas de batalla a los sajones, y los venció, y dominó toda la Insula Afortunada (nombre magníficamente certero que da el Amadís a Inglaterra), y también la Escocia, la Irlanda y la Noruega, y perdió la opción al Imperio por la perfidia de un sobrino suyo, Mordret o Morderete, con quien se batió y de quien recibió herida espantosa, tanto que por sus bordes fuérasele para siempre la vida a no intervenir la Reina de las Hadas, para trasladarlo a la isla de Avalón, a la cual no se puede llegar, y donde vive convertido en cuervo, esperando la hora en que su pueblo sea de nuevo derrotado y pisoteado para volver a darle la ansiada libertad. Merlín, el encantador, que murió preso de un encantamiento preparado por aquella que él amó con su corazón seco de fiera insaciable, por su dulce Viviana, y que al caer en él lanzó a taladrar el mundo su alarido espantoso, “el baladro de Merlín”, que resonará para

siempre en algún rincón, un si es o no es olvidado, pero siempre oscuramente presente, del mundo de la poesía, fue calificado de hijo del diablo y mereció ese espantoso calificativo por haber dado ser a ese impreciso y tembloroso mundo de falsas apariencias en que caen los Caballeros de la Tabla Redonda, y en cuyas oscuras y tenaces ciénagas se debaten: poseyendo el terrible poder de cambiar el corazón de los héroes con el de un diablo siervo suyo, jamás puede saberse si es exactamente Galván o Ségramor quien está con nosotros, y si la aventura en pos del Grial que se emprende bruscamente al filo de la medianoche, a la hora propicia de los abracadabras, es la que Dios ordena o la que el diablo quiere. Merlín cruzó la poesía medieval dejando en su torno un frío silencio de terror contenido, pero íntimamente invencible, y solamente un español —naturalmente, sólo un español— hizo su defensa. Ese hombre temerario fue Gutiérrez Díaz de Gámez, el autor de la Crónica de don Pero Niño, y sus palabras éstas:

“Merlín fue buen home y muy sabio. Non fue fijo del Diablo, como algunos dicen; ca el Diablo es esprito y non puede engendrar; provocar puede cosas que sean de pecado, ca esse es su oficio. El es sustancia incorpórea; non puede engendrar corpórea. Mas Merlín, con la grand sabiduría que aprendió, quiso saber más de lo que le cumplía, e fue engañado por el Diablo...”

Tú, mi lector paciente, eres libre de creer lo que a tu talante convenga: si Merlín fue o no hijo del diablo, si un espíritu puede o no engendrar, si de una forma incorpórea puede devenir una corpórea y si Merlín realizó alguna vez otra acción mejor que la de caer, envuelto en espantoso alarido, en el encantamiento que hubo de prepararle su adorada Viviana. Nada de lo que sobre esto se ha dicho es definitivo y durante la Edad Media los más altos talentos y preclaros ingenios dedicaron a dilucidarlo no pocas de sus mejores horas. Pero para nuestro propósito es mejor que hablemos del asombroso caballero Tristán de Leonís y de sus adúlteros amores con la Reina Isolda. Es ésta una admirable y desgarradora historia de loco amor y en ella surge un nuevo ideal —dulce y fuerte entre todos— para la vida del hombre: el ideal del amor todopoderoso, que lo dominará desde entonces, un año cualquiera de los comienzos del Siglo X de la Era Cristiana, hasta ahora, un año cualquiera de la primera mitad del Siglo XX de la misma era.

Tristán de Leonís, Caballero de la Tabla Redonda, máximo príncipe del loco y triste amor, fue un gran tañedor de arpa, como cumple a quien para sufrir amor había nacido; de fuerte estructura,

uadie entre sus pares pudo vencerlo en la carrera ni en la noble lucha con el cuerpo desnudo; entre todos los paladines de la corte del Rey Arturo era el primer esgrimidor de espada y el insuperable tirador de arco: su flecha, guiada por invisible mano, siempre prendía su diente en el centro del blanco o en el corazón de la presa: hijo primogénito de Nemrod, era el más diestro cazador del mundo y el que mejor destazaba y aderezaba la caza, única virtud doméstica que está consentida al caballero. Era hermoso además: inútil es decirlo. Un día bebió un licor maldito, filtro de amor y de ansiedad, llamado el "lovendranc", y se sintió atado para siempre con loco amor adúltero a la Reina Iseo (Iseult, Isolda), loco amor que era (¿para qué describirlo a quienes lo han sentido?) una mezcla de suprema voluptuosidad e infinito tormento y que de desventura en desventura, y de loca y terrible aventura en aventura, hubo de conducirlos a común y lamentable muerte, y —ya unidos por ella— a dos tumbas contiguas, mientras las plantas que sobre ellas crecen se entrelazan también: Tristán, a Isolda se entrelazaron, dicen los viejos poemas, con "el entrelazamiento indestructible de la madre selva y el avellano", y de su llanto, vertido cuando ya la muerte flameaba desde la herida envenenada, creció una planta capaz, ella sola, de fecundar a las mujeres, conforme a lo que dice este viejo romance castellano:

Júntanse boca con boca,
cuanto una misa rezada;
llora el uno, llora el otro,
la cama bañan en agua:
allí nace un arboledo
que azucena se llamaba,
cualquier mujer que la come
luego se siente preñada...

La historia de Tristán e Isolda glorifica un amor ilícito, una pasión rebelde a la palabra del hombre, que manda no invadir el lecho del hombre, y a la palabra de Dios, que manda no desear la mujer del prójimo. La pasión que consume a Tristán y quema a Isolda es una pasión mortal e incurable: en ella se aniquila la voluntad y la vida se extingue, consumida de espantoso e insaciable amor de los sentidos, sobre el alma crecido, al alma avasallando. Y de esta llama que ni la muerte apaga surge un torrente de poesía incontenible que invade todos los horizontes del artista creador y que estalla en raudales de apasionada voz aullante e invencible en el "Tristán" de Wagner.

Esta historia de amor y de muerte y de sangre expone, en forma clara y terminante, el ideal de amor de los Caballeros de la Tabla Redonda, que ellos impondrán al mundo, y que, mejor que yo un gran sabio francés, que era también poeta, Gastón París, os va aquí a precisar: "Hay en la poesía bretona una concepción del amor tal que no se encuentra en ningún otro pueblo ni en ningún otro poema; del amor ilícito, del amor soberano, del amor más fuerte que el honor, más fuerte que la sangre, más poderoso que la muerte; del amor que enlaza dos seres con una cadena que todos los demás y ellos mismos no pueden romper; del amor que los sorprende a pesar suyo, que los arrastra al crimen, que los conduce a la desdicha, que los lleva juntos a la muerte, que les causa dolores y angustias, goces y delicias incomparables y sobrehumanos: Esta concepción fascinadora nació y se realizó entre los celtas con el poema de Tristán e Isolda".

La segunda gran aventura de la Tabla Redonda no es de amor a mujer, sino de Eucaristía. Es la aventura de Sir Percival y la demanda del Santo Grial. Refleja el mismo entregamiento, la misma terrible pasión superior a las fuerzas humanas que sienten entre sí la Reina Isolda y su maravilloso amante enloquecido, pero en esta ocasión no van los hombres tras un goce de carne, sino tras el vaso que contiene las gotas que saltaron del costado de Cristo, al herirlo la lanza sacrílega del soldado romano, del terrible Longinos, reliquia sublime que en el Castillo de Monsalvatge guarda una teoría de misteriosos caballeros. La gesta de Parsifal es la gesta de la absoluta pureza, del caballero virgen, del anti-Tristán, de aquel que jamás ha cometido pecado de ninguna clase y que, en especial, jamás se ha dejado apresar de la espantosa sed que consumió a Tristán.

En un castillo misterioso —para adoptar la forma definitiva del poema, tal como la fijó para la eternidad Wolfram von Esenbach— una milicia angélica guarda el Santo Grial, el vaso donde José de Arimatea recogiera la sangre de Cristo, y la lanza, la terrible lanza de Longinos, que hizo saltar la santa sangre. Solamente un caballero "libre de toda mancha" podrá apoderarse de la preciosa reliquia. Si el caballero hubiese cometido pecado, aun cuando sólo con el pensamiento, la lanza de Longinos, animada por invisible mano, le causaría en el pecho una herida incurable, que manaría sangre inconteniblemente, y que solamente se cerraría cuando el caballero inmaculado, el único, el verdadero, rescatase para siempre el Graal. Parsifal intentó, como tantos, la terrible aventura. Fueron con él todos los Caballeros de la Tabla Redonda, para protegerlo en todas las etapas de la marcha, menos en la última, en la que solamente lo protegería su

íntima pureza. Antes que Parsifal, Ségramor, hijo de Lancelot y la Reina Ginebra, había fracasado en la temeraria empresa, por no estar puro, por estar invadido de loco amor humano. La lanza se había alzado contra él y había mordido su pecho con incurable llaga. El diablo, por medio de Merlín, se oponía tenazmente a la empresa, creando mundos de falsa apariencia, aposentando diablillos burlones y bufonescos en los corazones de los caballeros, aprisionándolos en falsas formas, tendiéndoles lazos de tentación y de concupiscencia. Pero Parsifal, el immaculado, dio cima a la aventura y tomó con sus manos puras el Santo Graal mientras la lanza permanecía inmóvil. El resto de su vida el angélico caballero lo pasó en oración frente a la santa reliquia. Y cuando la muerte vino por él, el vaso y la lanza, en medio de inmateriales resplandores, subieron a los cielos.

Parece que nos encontráramos frente a una aventura de ascendrado cristianismo, frente a una hazaña de santidad. Pero no, no hay que engañarse: la forma en que se realiza la aventura, la sed por coronarla, no es la sed cristiana por la santa reliquia: es la sed pagana, la sed deportiva, por conseguir el Graal como un trofeo, y aparece mejor como la conquista de una joya mágica, acaso de un antiguo objeto totémico convertido por la cristiana posteridad en reliquia eucarística. Y Parsifal no está seguro de su triunfo: otros poemas quieren arrebatarle la difícil palma de caballero immaculado, casi inhumanamente puro, abroquelado contra el pecado, para dársela a Sir Galaad, el blanco, el resplandeciente doncel de alma de lirio, que nació del amor de Lancelot y el Hada Melusina, y que en la misteriosa y milagrosa sangre que recibió de su impalpable madre, la "sangre ligera", tenía un escudo impenetrable para defenderse de la concupiscencia, del hambre de la carne que a Parsifal, hijo de hombre y de mujer, debía faltar porque la absoluta pureza no conviene con la flaca condición de los hombres. Pero ya dos grandes poetas, dos de los mayores poetas germánicos, Wolfram von Esenbach y Ricardo Wagner nos han abierto los ojos definitivamente: fue Parsifal quien conquistó el Graal. No era necesario para ser el "muy puro", el "sin mancha", poseer en las venas la "sangre ligera": bastaba la sobrehumana resolución de que eran capaces los Caballeros de la Tabla Redonda, bastaba poner en la conquista de la Eucaristía la misma enloquecida pasión que en la conquista de Isolda. Y fue así, por virtud de esta fiebre, de esa pasión incontenible, que Parsifal pudo ser más puro que la nieve o que la llama y tomar en sus manos la joya divina del Castillo de Montsalvatge.

Para dar fin a esta veloz incursión por la "materia de Bretaña",

solamente la tercera historia inmortal: la de Lanzarote del Lago y la Reina Ginebra. Dejaremos de lado las historias menores, la vida del bello Gauvain, del dulce Ségramor, del deslumbrante Galaad, confiaremos a la buena costumbre de leer a Shakespeare siquiera dos veces por año el recuerdo del Rey Lear, y pasaremos por alto la hazaña de Jofre, que amó a la Reina Ginebra hasta el extremo de obligar a ir a ella y postrarse a sus pies y proclamarla la más bella dama del mundo, a todos los caballeros que vencía en su larga, en su incansable andanza. Pero de Lanzarote no podemos olvidarnos, porque es grande entre los grandes de las caballerías de Bretaña y de todas las caballerías. Aun cuando fue criado por las hadas, por las donas del lago, y aun cuando esposo de la divina Hada Melusina y padre del immaculado doncel Galaad, Lanzarote era frágil a la seducción de las mujeres como cualquiera de nosotros, y por ello es él el más humano y el menos delirante de todos los Caballeros de la Tabla Redonda. Si bien amó a la Reina Ginebra con apasionado y adúltero amor, como cumple a un perfecto caballero de Bretaña, y si bien la conquistó rescatándola del poder del Rey del País de Irás y No Volverás atravesando, con su dulce cuerpo en los brazos, un río de fuego por un puente que era el filo de una espada, no consiguió mantenerse fiel y tuvo amores —duro es confesarlo—, además de los muy lícitos con su impalpable esposa el Hada Melusina, con las muy carnales princesas Ada de Limors e Iblis de Chadilimort y aún, según algunos, si bien yo me resisto a creerlo, la misma tiernamente amada Reina Genièvre lo sorprendió en la Isla de la Alegría dulcemente aprisionado por los redondos brazos de la hija del Rey Peles, después de lo cual, para Lancelot, naturalmente, la Isla de la Alegría se trocó en la Isla de la Tristeza.

La vida de Lanzarote —o, si lo queréis, Lancelot du Lac, Lancilotto, Arselot o Ansaroth, que de todas estas maneras es permitido nombrarlo— está dedicada íntegramente a la mujer, y su Reina fue el norte de su vida, acaso alguna vez nublado por una agradable nubecilla, tan dulce como transitoria. Porque si bien Tristán es el desenfrenado amor compartido y arrollador como un torrente, y Parsifal la sublimación de la misma fuerza por el eucarístico ideal de la suprema pureza, Lanzarote es el ideal de la mujer convertida en norte y única razón valedera de la vida. La mujer ya no es la esposa sumisa que dirige el hogar con mano sabia y amorosa mirada, ni la amante que proporciona agradables noches siempre recordadas con amorosa gratitud, sino “una criatura entre divina y diabólica, a la que se tributa un culto idolátrico, inmolando a sus pasiones y caprichos la

austera realidad de la vida, erigiendo el orden sentimental en disciplina ética" (2) y poniendo por sobre todas las cosas la sonrisa de una roja boca y el amoroso brillo tiránico de dos ojos, azules o negros, poco importa, que disponen para siempre de la acción del hombre tanto en el sueño como en la vigilia.

Así como la materia carolingia nos dejó la amistad y el proceder gentil, la materia de Bretaña hizo legado a la humanidad del amor romántico y del ideal femenino, y elevó el amor a la suprema categoría de motor único de la vida y a la mujer la exaltó a la categoría de máximo premio y de única felicidad, de perfecto ser inigualable sobre la ancha tierra. Porque, en definitiva, Tristán y Lancelot son hoy más vivientes que Percival y Galaad entre los Caballeros de la Tabla Redonda, ya que vivimos en un mundo en el que todos estamos como Ségramor, imposibilitados de tentar la aventura del Santo Grial por haber ya antes tentado, con toda el alma puesta en la fascinadora empresa, la aventura de la conquista de Isolda y del rescate de la Reina Ginebra.

5.—*Los libros españoles de caballerías*

Y hé aquí que hemos llegado a la completa madurez de las caballerías: cuando el espíritu español entra en ellas. La historia española de caballerías llega después de todas: cuando el idioma está ya elaborado; cuando la lengua vulgar ha terminado de crecer y está apta para la robusta vida de la creación literaria; cuando los hombres han descubierto el placer caudaloso de leer "cosas de ficción", que claramente se sabía nunca acontecidas; cuando otros hombres habían descubierto que el escribir estas historias era una ocupación lo suficientemente digna de llenar toda la vida con gloria y con provecho. El caballero español tiene su gesta escrita. No depende de la voluble memoria de los juglares, y no ve cambiar su historia y su genealogía en cada venta, en cada castillo, en cada feria. Su gesta no solamente es perdurable, sino inmutable: se levanta sobre la incommovible base de la letra escrita. No surge de la improvisación, no es la arrebatada y desbocada imaginación del poeta vagabundo la que lo levanta de la vieja leyenda dormida en la memoria y lo lanza a la vida efímera y gloriosa de la canción de gesta o del romance viejo, del *lais* melancólico o del *mabinogion* lleno de fórmulas de misterio. Es la lenta elaboración del novelista, del hombre que primero crea el personaje y traza un mundo de magia y maravilla para que en él realice su hazaña y cumpla su tarea. En la novela española de caballerías, la primera novela de su clase, todo está ya previsto y calculado, pero no previsto

con frialdad ni calculado con tacañería: la imaginación del creador, del hombre encorvado sobre el papel, sobre la blanca pluma de ganso, es tan suelta y fogosa como la del juglar, pero en su soltura y en su fogosidad admite la maravilla de la arquitectura del relato. Arquitectura que la letra fija para siempre, en la inmutabilidad invencible y sagrada del libro, de la letra, del papel, de la gruesa cubierta de cuero curtido. Por esto, es la novela de caballerías, creación del genio de España, la madurez de las historias de maravilla, en las que el mundo contiguo de los hombres del medioevo halló su exacta impresión. Madura la historia caballeresca cuando el hombre medieval madura y toca a su fin, cuando, tras las tocas geniales de Isabel la Católica, florece un nuevo mundo del espíritu, el Renacimiento, y un nuevo mundo de tierras, de ríos y de selvas: América. El héroe de la novela caballeresca española está ya definitivamente formado: participará de las características carolingias y bretonas, pero se habrá afinado y equilibrado en grado sumo. Librará la última y más loca batalla contra las evidencias en medio de un equilibrio curioso, que se deshará luego en una loca carrera al precipicio de la exageración, del disparate y de la fantasía cansada, seca y agotada. Así, volverá el caballero a la ruta para la que fue creado, la de hacer que la justicia sea honrada por temor, ruta por donde el verdadero caballero carolingio, que no es el ambicioso Maynete, ni el ingenuo Pierres, ni el bandido Reinaldos, sino el implacable Lohengrin y el gentil Gudufre y el cordial Artús del Algarbe, supo caminar hacia el fin de su ciclo. Y conservará la fuerza de pasión incontenible que tanto Tristán como Parsifal ponían en su empresa, ya fuese empresa de humana o de célica aventura, de humano o de célico amor, pero no se hundirá en la espantosa locura de la pasión ni se consumirá en la estéril, deportiva pasión por la aventura en sí. La caballería, en la novela española, como lo dijera él en otras ocasiones disoluto e indiscreto Francisco Delicado, prologista de las primeras ediciones de Amadís, que en esta ocasión habla con verdad y con temor de Dios, se dará cuenta de que "es un arte muy alto, y que el altísimo y soberano Señor la constituyó para que fuese guardada la justicia y la paz entre los hijos de los hombres, y para conservar la verdad y dar a cada uno lo suyo con derecho..."

El caballero español será, ya, el verdadero caballero universal, venido el último, conquistará el mundo europeo con irresistible empuje, en una verdadera blitz-krieg literaria, anteriormente nunca conocida. Su primer excelso exponente, Amadís, el de la Verde Espada, que salió del océano para amar y vencer y jamás morir, cabalgará las tierras del trágico y glorioso continente de la belleza y de la sangre,

de la inteligencia y de la pasión, y alumbrará la vida de sus hombres, y solamente rendirá su palma inmortal ante el perfecto caballero don Quijote de la Mancha, el de la Triste Figura, en cuya historia está, para siempre completa, la verdadera imagen de la torturada y contradictoria alma del hombre. El caballero español no está emparentado con ninguna realidad histórica, y los escenarios de su hazaña nada tienen que ver con la real geografía de la tierra. Los héroes españoles de la poesía popular, de la canción de gesta, Mio Cid Campeador, los Siete Infantes de Lara, el rey don Pelayo, restaurador de la España Cristiana y el rey don Rodrigo, que la perdió por amor: ninguno de ellos sufrió la transformación de Carlomagno o de Arturo y sus pares. Los héroes españoles siguieron, austeramente, viviendo en el terreno y el clima de la historia, ligeramente exagerados, pero sin abandonar jamás su sólida, su inmovible calidad de personajes reales del drama de su gran pueblo. Y por eso, por no ser de ningún pueblo ni caber en la historia ni en la geografía, estos caballeros de Gaula, o de Sobradisa o de Tigrida fueron recibidos en toda Europa, y la conquistaron y la perdieron, y quienes los acogieron nunca abrieron suficientemente los ojos como para darse cuenta de que en realidad ellos, los últimos, los perfectos caballeros andantes eran España, sólo España, y que era con ellos la primera de las muchas veces que España conquistaría el mundo.

Comienza la caballería española con una curiosa historia, larga y pesada, debida al Canónigo toledano don Ferrant Martínez, publicada hacia 1305. Es la historia del Caballero Cifar, de sus hijos Roboan y Garfim y de su escudero Ribaldo. Esta historia no es exclusivamente de caballerías. Está entretejida a la vieja e ingenua manera de la novela bizantina, hecha a base de laboriosas cadenas de encuentros, pérdidas, reencuentros y reconocimientos, y abarca un tomo completo de piadosos razonamientos y "enxiemplos" a la manera del beato Ramón Lull. En su segunda parte, la dedicada a contar las razañas de Garfim y Roboan, participa en alto grado de la materia de Bretaña y posee páginas de magia dignas de la historia de Tristán, en las que relata los apasionantes y temerosos amores de la Dona del Lago y el Caballero Atrevido. Cifar es una especie de caballero-sacerdote, que fuese un burgués padre de familia, a ratos amante (muy cristianamente, sin lujurias) y a ratos olvidadizo de su mujer por temor de perder buenas situaciones (lo que no habla muy bien de su condición moral, tan santurrón, por otra parte), y que a esta condición mezclase la de mercenario o condotiero del Renacimiento. Dios lo protege a todas horas, y da "pena" el ver que se preocupa tanto de Cifar,

mientras no nos mira a nosotros ni por casualidad. Además, Cifar tiene la curiosa singularidad de ser el único caballero andante que sale de aventuras acompañado de su esposa, "la buena dueña Grima", de sus dos hijos de tierna edad y de su delicioso y pillo escudero Ribaldo. En sus andanzas, un hijo se le pierde en una gran ciudad, otro le es arrebatado en un bosque por las fieras, su mujer le es robada por unos piratas, pero siempre Dios, por medio de sus ángeles, cuida de la vida de los miembros de la desperdigada e imprudente familia, y provee a su prosperidad y los junta cuando Cifar ha sido exaltado al trono de un hipotético y aéreo país. Sus jóvenes hijos llegan a ser famosos caballeros y aun Ribaldo, al fin de su edad, en premio a sus servicios, recibe la sagrada investidura y es "el Caballero Amigo".

Este personaje, Ribaldo, que está maravillosamente tratado, tiene importancia decisiva en el proceso de liquidación de la novela medieval de caballerías y no deja de ser curioso el hecho de que esté presente en la más antigua obra del mismo que es el Cifar, pues si bien desde siglos existían los poemas caballerescos, la primera novela caballeresca es ésta del Arcediano de Toledo. El Ribaldo, escudero ejemplar, que con razonable frecuencia se lamenta del poco seso de su amo, es, sin disputa, el legítimo abuelo de Sancho, y con él, penetra, irresistible, por las tierras de la caballería el realismo español que un día había de sofrenarla y someterla. Ribaldo es un hombre del pueblo, como le cumple a un escudero, y, como cumple a un hombre del pueblo es de sólido seso y mejor razonamiento, ancho depósito de sentido común, ducho en estratagemas y jugarretas, munido de amplia experiencia de pillo rodador de caminos, práctico y entrañablemente leal con su amo, y, como el bondadoso Sancho, está, inexplicablemente entusiasta con las quiméricas empresas de su amo, a quien ayuda con maternal amor, robustecido por sentencias y refranes tan abundantes como oportunos. Y por este camino, si bien en el Amadís, la obra maestra que ya se avecina, el realismo no tendrá puerta franca, en otra obra de ponderables méritos, el Tirante el Blanco, donde escenas que anuncian ya la cercanía inevitable del Quijote nos llenan de alegría, se demostrará muy claro que el realismo no puede soportar un instante más su exclusión de las feraces comarcas del mundo contiguo.

Tras la un poco oscura y desafortunada historia del Caballero Cifar, apareció, como un enviado de Dios, el que debía ser el más grande de los caballeros andantes que antecedieron al de la Mancha; aquel que, como lo dijo Urganda la Desconocida, su protectora alada, "atravesó el mundo venciendo muchos caballeros e fuertes e bravos

gigantes, haciendo temer las brutas y espantables animalias y habiendo gran pavor de la braveza de su fuerte corazón"; aquel de quien diría don Quijote que fue "el norte, el lucero, el sol de los valientes y enamorados caballeros, a quien debemos imitar todos aquellos que debajo de las banderas del amor y de la caballería militamos": Amadís Sin Tiempo, hijo de rey, el de la verde espada, el que surgió del mar y del amor. Era hijo del rey Perion de Gaula y de la dulce y ardiente Elisena, pequeña hija de Garinter, otro rey de insignificante y difícilmente ubicable país. Su historia la escribió un alto ingenio que bien pudo ser un caballero portugués o gallego de nombre Vasco de Lobeira, o cualquier otro caballero gallego o portugués llamado de otro nombre, y para nuestra dicha, alcanzó a venir a nosotros escrita en idioma castellano de singular nobleza y hermosura, en una nueva redacción compendiada que volvió inmortal a García Ordóñez de Montalvo, quien, en punto de manejar nuestro idioma tan solamente cede el sitio a Miguel de Cervantes.

Acaso solamente el Quijote venza al Amadís en la influencia ejercida universalmente sobre los hombres. "Obra capital en los anales de la ficción humana", lo llama uno de nuestros más sabios historiadores, y lo es en verdad. La novela de caballerías toma, a partir de él, un rumbo nuevo, el final. Se convierte en una obra elaborada por escritores sagaces, conocedores de su oficio, que saben lo que se proponen. Todo está previsto, y ningún episodio ni personaje se ha introducido sin un propósito preconcebido, sin una intención que se verá culminar hacia el final. Como obra de entera, de gloriosa ficción que es el Amadís en su totalidad, es un prodigio de libre y sabia creación y transcurre íntegramente en el más puro y suelto mundo de la fantasía, sutilmente regido por una interna disciplina que no excluye la pasión libremente desencadenada. Don Marcelino hizo de este personaje inmortal y de su hazaña la siguiente insuperable síntesis:

"El ideal de la Tabla Redonda aparece en el Amadís refinado, purificado, ennoblecido. Sin el vértigo amoroso de Tristán, sin la adúltera pasión de Lanzarote, sin el equívoco misticismo de los héroes del Santo Grial, Amadís es el tipo del perfecto caballero, el espejo del valor y de la cortesía, el dechado de vasallos leales y de finos y constantes amadores, el escudo y amparo de los débiles y menesterosos, el brazo armado puesto al servicio del orden moral y de la justicia. Sus ligeras flaquezas lo declaran humano, pero no empañan el resplandor de sus admirables virtudes. Es piadoso sin mojigatería, enamorado sin melindre, aunque un poco llorón, valiente sin crueldad ni jactancia, comedido y discreto siempre, fiel e inquebrantable en la

amistad y en el amor... Amadís es el prototipo de los leales amadores: Oriana es la única señora de sus pensamientos: si falta a la fe jurada no podrá pasar el Arco de los Fieles Amadores que dispuso el sabio Apolidón en la Insula Firme”.

Y Amadís, el perfecto amador, pasó el arco de la Insula Firme, por lo cual queda de hecho incontrovertiblemente probado que su aventura con Briolania es una calumnia, aun cuando se diga que cedió a los requerimientos de la hermosa con permiso de la señora Oriana.

El amor de Amadís por la dulce criatura que él rescatara del poder de Arcalaus es firme, pero no platónico. Como Tristán con Isolda, como Romeo con Julieta, Amadís hace suya por la carne a la incomparable, a la intransferible, a la única, que se le entrega llena de jubilosa pasión. Oriana es personaje tan decisivo en la historia de Amadís como Isolda en la de Tristán, y el héroe está entregado a su culto durante su incansable aventura. Bajo la protección milagrosa de Urganda la Desconocida, una maga misteriosa y benéfica que muda de apariencia y viaja sobre dragones o serpientes aladas, envueltas en espesas nubes, Amadís triunfa en toda sus empresas y todo el mundo lo ama y su leyenda se lee y se comenta con singular fervor. Tanto entró su historia en el alma de las gentes sencillas, que, en cierta ocasión, como lo cuenta don Francisco de Portugal en su “Arte de la Galantería”, un hidalgo español, al acercarse a su casa, oyó con pavor que todas las mujeres que en ella habían lloraban desesperadamente. Como temiera que se le hubiese muerto un niño suyo de pocos años entróse apriesuradamente y preguntó la causa del general y terrible lamento, y si ésta era la que él temía. “Le contestaron que no; replicó más confuso: pues, ¿por qué lloráis? y dijéronle: Señor, háse muerto Amadís”.

Tras esta obra maestra, vino una verdadera avalancha de novelas de caballerías, tal, que en toda una noche no alcanzara a nombrarlas y tres vidas no fueran suficientes para leerlas. Sus protagonistas llevaban nombres cada vez más extravagantes e inverosímiles, sus hazañas se repetían incesante e impudicamente y cada vez era más seca y estéril la imaginación de sus autores, ya profesionalizados. Continuó indefinidamente la historia de los descendientes de Amadís y a un tiempo apareció una ralea inextinguible de Palmerines y de Clarián de Landanis, Florambel de Lucea, Floramante de Colonia, Clarisel de las Flores, Cristalián de España, Policisne de Beocia y mil más, ya olvidados. Algunos ingenios de iglesia adentro, torturaron sus secos meollos para producir “caballerías a lo divino”, como esa irreverente

(si bien intencionada) “Caballería de la Rosa Fragante” que hubo de prohibir la Inquisición. Y en medio de tan vil caterva, “flor entre abrojos” como diría un poeta romántico de fin de siglo, un libro grande y noble: la historia del caballero Tirante el Blanco (Tirant lo Blanch en su original catalán), que comenzó a escribir el 2 de enero de 1490 el magnífico y virtuoso hidalgo Mosén Johannot Martorell, y que parece estar remotamente inspirado en el glorioso, inigualado y lamentable destino del inmortal (si bien olvidado) caballero catalán Roger de Flor. De este buen libro, canto de cisne de la Caballería Andante, dijo el Cura, en el donoso escrutinio de la biblioteca del Ingenioso Hidalgo: “Dígovos verdad, señor compadre, que por su estilo este es el mejor libro (de caballerías) del mundo: aquí comen los caballeros y duermen y mueren en sus camas, y hacen testamento a la hora de la muerte...” Y en esto radica su definitiva importancia: Don Miguel era un crítico de ojo agudo y certero: el realismo penetra ya en el libro de caballerías, hace una entrada arrolladora, y va a traerlo al mundo real y a preparar la entrada de Don Quijote, caballero que vaga sobre la tierra firme, y que en lugar de encontrar la maldad del mundo simbolizada en endriagos y gigantes, en alquimistas y malandrines, la encuentra tal cual ella es, en las gentes de estrecha cabeza, chico corazón y alma escasa, haciendo cada día su tarea de ruindad y tontera y cada semana cometiendo su porción de injusticia. Se reúnen en el Tirante los elementos definidores del Quijote: humorismo y realismo. Los nombres de los personajes rebosan de fresco ingenio: allí están la doncella Placerdemivida, ducha en las blandas artes de Venus; la discreta viuda Reposada, celestina traidora, que sirve a dos rivales; el flamante y pesado caballero don Quirieleisón de Montalván... Tirante sufre los ordinarios percances que sufren los hombres ordinarios: un día es atacado por un perro furioso y tiene que emplear con la bestia la espada, el arma sagrada que solamente debía ser cruzada con otro caballero; otro día, sostiene con un descomedido caballero francés, con quien se topa en una venta y cuya habitación compartiera, una comprometida batalla, tras que el caballero, desde su cama, dudara de la excelsa belleza de su señora Carmesina: su indignación no da tiempo a que los caballeros se vistan, y el combate se libra estando ellos en camisa y las almohadas les sirven de escudos; otra ocasión, saltando Tirante la ventana del dormitorio de su amada (pues él nunca tuvo la castidad de su magro colega manchego), se rompe la escala y le fracasa una pierna... Al final, muere de pulmonía, con alta dignidad y haciendo prolijo testamento, disponiendo muy cuerdamente de sus bienes y dejando una

suma para aplicarla a misas por su alma. Esta muerte se parece mucho a la del Ingenioso Hidalgo, si bien para desventura del manchego, mientras tan sólo rodeaba la burguesa solicitud del ama y la sobrina y las lágrimas verdaderas de Sancho, al catalán lo acompañaba en la suprema hora su dulce dama, bella flor de pasión, que murió sobre su cuerpo exánime una muerte digna de Isolda al lado del cadáver de Tristán.

Hé aquí cómo, tan sólo con tres obras maestras —las únicas salvas entre las mil perdidas— España trajo a la novela de caballerías del suelto y desaforado país de la invención descomunal e irre-frenable al sólido e incommovible terreno del realismo, en el que la fantasía es aún más poderosa, porque halla su alimento y su fuerza en los mil y un azares de la ancha, dolorosa, milagrosa vida de los hombres. Donde pasan cosas superiores, en pasión y en aventura, a las que acontecían en tierras de Tristán, de Lancelot y de Amadís.

5.—*Proceso de los libros de caballerías.*

Aquí están, ante el Tribunal de la Historia de la Literatura, los curiales y el reo. Este, los libros de caballerías. Acusando, en latín, Luis Vives, Melchor Cano y el maestro Benito Arias Montano. Diciendo en castellano las palabras de su anatema Alfonso de Venegas, Francisco Cervantes de Salazar, Fray Pedro Malón de Chaide, Fray Antonio de Guevara, Alfonso de Fuentes y, tras los solemnes Procuradores de las Cortes de Valladolid, la sonrisa sagaz y los ojos agudos y tristes de don Miguel de Cervantes Saavedra, doctor en ambas caballerías, la del sueño y la de la vigilia.

Desde la lejana bruma de la muerte atiende a la defensa el beato Ramón Lull, mientras es recusado, por mala conducta, el defensor Francisco Delicado, rufián y amaestrador de la “lozana andaluza”. Se recibe a decir los descargos tan solamente a Hernán del Pulgar, a Fray Luis de Granada y a Francisco Rodríguez Lobo. Los ojos ansiosos de los hombres de la Edad Media, que en aquellos libros encontraron consuelo para sus pobres almas, siguen con ansia las alternativas del proceso.

Luis Vives musita enardecidas frases latinas, tomadas de su tratado “De institutione femine cristiane”; Melchor Cano repite su diatriba del tratado “De locis Theologicis”: tan sólo, de la confusa algarabía clásica, se destaca la injuriada voz del maestro Arias Mon-

tano, que los llama “monstra vocamus et stupidi ingenii partus”... En claro castellano acusa primero Alfonso de Venegas:

—Son los sermonarios del diablo.

Fray Pedro Malón de Chaide dice con voz de odio insaciable:

—Son el cuchillo en la mano del hombre furioso.

Fray Antonio de Guevara, con engolada voz catedralicia, pide que no se impriman más:

—Su doctrina incita la sensualidad a pecar, y relaxa el espíritu a bien vivir.

Alfonso de Fuentes, socarronamente, pregunta:

—¿De qué tratan? ¿De cómo uno se llevó la mujer de aquel y se enamoró de la hija del otro, y de cómo la recuestaba y escribía...

Francisco Cervantes de Salazar, abogado ducho, hace la acusación de fondo:

—“Guarda el padre a su hija, como dicen, tras siete paredes, para que quitada la ocasión de hablar con los hombres, sea más buena; y dexándola un Amadís en las manos, donde deprende mil maldades y desea peores cosas que quizá en toda la vida aunque tratara con los hombres pudiera saber, ni desear; y vase tras el gusto de aquello, que no querrí hacer otra cosa; ocupando el tiempo que debía ser laboriosa y sierva de Dios, no se acuerda de rezar ni de otra virtud, deseando ser otra Oriana como allí, y verse servida de otro Amadís. Tras este deseo viene luego procurarlo... En lo mesmo corren lanzas parejas los mozos, los cuales con los avisos de tan malos libros, encendidos con el deseo natural, no tratan sino cómo deshonorarán la doncella y afrentarán la casada...”

Ahora, terribles, avanzan los sombríos Procuradores de las Cortes de Valladolid. Llevan en la mano un memorial al Rey en el que explican los tremendos males que a la sociedad causan los libros “ansi de amores como de armas y de vanidades” y le piden que mande “que ningún libro de éstos ni otros semejantes se imprima ni lea so graves penas, y los que agora hay los mande recoger y quemar”. Para entregar el memorial a un rey brumoso, el más feroz de los Procuradores esconde en la escarcela su “Amadís”, y para recibirlo, el Rey levanta su distraída faz del gran Amadís que leía. Y niega el pedimento. Mas, por no disgustar a tanto grave varón, manda que no puedan “pasar a Indias libros de romances, de historias vanas y de profanidad, como son de Amadís e de otros de esta calidad, porque este es mal ejercicio para los indios, e cosa es en que no es bien que se ocupen ni lean”. Pero en la noche oscura, Amadís abandona el libro preferido del Rey,

y sale seguido de los ojos de Oriana, de la voz de Urganda la Desconocida y de los fieles pasos de Gandalín, y se mete de polisón en un barco que zarpa para las nuevas tierras...

Ahora, viene a declarar Don Miguel de Cervantes. A él no le importa que las doncellas violen los siete candados, ni que los mozos alboroten las casadas. A él le importa otra cosa, y acusa a los libros de caballerías de ser "en el estilo duros, en las hazañas increíbles, en los amores lascivos, en las cortesías mal mirados, largos en las batallas, necios en las razones, disparatados en los viajes..." Salva de su acusación a Amadís, pide clemencia para Tirante y Palmerín, y declara que el verdadero libro de caballerías se acerca ya, proveniente de su pluma. El juez, por vez primera en el largo proceso, ha asentido. Y llama a la defensa.

Y Hernán del Pulgar viene y cuenta que gracias a esos libros floreció el valor y el empuje en los "claros varones de Castilla", y cita al conde don Gonzalo de Guzmán "e a Juan de Merlo", y afirma:

—Conosci a Juan de Torres e a Juan de Polanco, a Alfarán de Vivero e a mosén Diego de Valera, a Gutierre Quijada e a mosén Pero Vásquez de Sayavedra, e oí de otros castellanos que con ánimo de caballeros fueron por los reinos extraños a facer armas con qualquier caballero que quisiere facerlas con ellos e por ellas ganaron honrra para sí e fama de valientes y esforzados caballeros para los fijosdalgos de Castilla.

Viene luego el claro maestro Fray Luis de Granada, y mientras Fray Pedro Malón lo mira de reojo con el ojo encendido, dice con precisa y paciente voz:

—"Querría preguntar a los que leen libros de caballerías fingidas y mentirosas, ¿qué les mueve a esto? Responderme han que entre todas las obras humanas que se pueden ver con ojos corporales, las más admirables son el esfuerzo y la fortaleza. Porque como la muerte sea (según Aristóteles dice) la última de las cosas terribles y la cosa más aborrecida de todos los animales, ver a un hombre despreciador y vencedor deste temor tan natural causa grande admiración... De aquí nasce el concurso de gentes para ver justas y toros y desafíos y cosas semejantes... Y esta admiración es tan común a todos y tan grande, que viene a tener lugar, no sólo en las cosas verdaderas, sino también en las fabulosas y mentirosas, y de aquí nasce el gusto que muchos tienen de leer estos libros de caballerías fingidas..."

Y Francisco Rodríguez Lobo, portugués, hidalgo de buen sentido

y mejor entendimiento, comparece y realiza la última, la definitiva defensa:

—“En el libro fingido, cuéntanse las cosas como era bien que fuesen y no como sucedieron, y así son más perfectas; descríbese al caballero como era bien que los hubiese, las damas cuán castas, los reyes cuán justos, los amores cuán verdaderos, los extremos cuán grandes, las leyes, las cortesías, el trato tan conforme a la razón. Y así no leeréis libro en el cual no se destruyan soberbios, favorezcan humildes; amparen flacos, sirvan doncellas, se cumplan las palabras, guarden juramentos y satisfagan buenas obras. Veréis que las damas andan por los caminos sin que haya quién las ofenda, seguras en su virtud propia y en la cortesía de los caballeros andantes. En cuanto al retrato y ejemplo de la vida, mejor se coge de lo que un buen entendimiento trazó y siguió con mucho tiempo de estudio, que en el suceso que a veces se alcanzó por mano de la ventura, sin que la inteligencia ni el ingenio pusiesen nada de su caudal...”

Y el juez resume:

—Es verdad. Fue el alma misma de la Edad Media la que vivió en esos libros de caballerías fingidas e historias mentirosas. No hubo quien no los leyera, y los mozos y las doncellas se encandilaron en sus páginas maravillosas. Ellos dieron momentos de paz y de alegría a las gentes sencillas, y templaron el ánimo de los caballeros. Jamás género alguno en las literaturas de todos los tiempos tuvo un éxito semejante. Y no murieron por efecto de los críticos literarios ni de los moralistas. No los mató la sentencia en latín ni la sátira en castellano rotundo. Los derrotó el ensanchamiento del mundo, los grandes descubrimientos, las nuevas tierras halladas allende mares “que nadie hasta entonces había navegado”, el final definitivo de la espesa niebla que cubría los confines del mundo, el aclaramiento de las mentes con el racionalismo renacentista y la voluntad de libre examen: el mundo nuevo que nacía, tanto en la realidad geográfica como en el espíritu, la rotura de tantas cadenas, era mayor que la mayor imaginación, y los hombres cumplían en la vida real hazañas mayores y coronaban más espantables aventuras que las que tocaron cumplir y coronar a Tristán y a Amadís.

Y alguien, entre los que al gran proceso concurren, duda del resumen que escucha y se pregunta:

—¿Han muerto en realidad esos libros? ¿O, simplemente, con las épocas, ha cambiado su estilo? Porque, en esencia, es de caballerías todo libro en que se relate una hazaña realizada por puro amor a la justicia, por sed de aventura en sí o por desenfrenada pasión...

Y esos libros siguen brotando de la pluma del hombre, y en todas las horas siguen trayendo a los habitantes de este valle de lágrimas el consuelo de su gesta de esfuerzo, fingida sí, pero tan digna de ser verdadera...

6.—*Final*

Si bien es verdad que después del inmortal libro de Cervantes no se escribieron ni publicaron más novelas de caballerías, sigo creyendo que no fue el que dióles fin, ni que su propósito ése fuera. Don Miguel trajo, como a todos consta, la caballería al mundo real, situándola en un país preciso, dando tierra sólida al paso y aire verdadero a los pulmones del caballero andante. Como nos lo hiciera notar don Pedro Salinas, al inaugurar el curso cervantino de conferencias de la Casa de la Cultura Ecuatoriana, es don Quijote el primer caballero que sale por las tierras de España, y en ellas no se encuentra ya con los gigantes y jayanes que encontrara Amadís en las tierras fabulosas de Gaula o Sobradisa, sino con los yangüeses y los familiares de la Santa Hermandad, y no es víctima de los encantamientos de Merlín o Arcalaus, sino de las burlas del Duque, del sarcasmo implacable con que los poderosos gustan de herir y humillar a los hombres simples, a los de libre corazón generoso, a los poetas, a los caballeros, a los que se han entregado a una fe o a un ideal.

De todos modos, la caballería, al llegar don Quijote, había rendido a la humanidad todo su tributo. Le había dado, creados para la eternidad en su reino y aclimatados por su influjo en el mundo real, la amistad por compañerismo, el amor romántico, el ideal femenino, el culto a la verdad, el odio a la falsa apariencia, la apasionada devoción por la justicia, el goce puro de la propia fuerza, la voluntad aventurera desinteresada, cinco o seis poemas y tres grandes novelas inmortales, y había impedido que la tristeza y el desencanto se apoderaran de los hombres de Europa durante tres centurias. Como si esto fuera poco, en el momento en que finó, hizo entrega del Quijote, un libro para defendernos de la tristeza y el desánimo con vigencia eterna. Porque si el Amadís defendió a los hombres de su tiempo, el Quijote los viene defendiendo desde que Amadís se retiró del mundo hasta la hora presente, y los defenderá hasta cuando, en un día de sol débil y amargo, la humanidad dé fin a su miserable y excelsa permanencia en la tierra.

Y ahora, lector paciente, fiel amigo, dejemos dormir su sueño de glorioso olvido a los compañeros de don Quijote. Lo hemos traído a

una fugaz permanencia ante nuestros ojos escépticos de hombres de este siglo sin fe, haciendo un acto de estricta justicia, pues sin ellos la humanidad habría perecido de tristeza y desaliento mucho antes de esta edad. Restituyamos esas sombras gloriosas, habitantes del país de la maravilla, a sus tumbas de pergamino, de encuadernaciones pesadas con grandes planchas doradas, donde las polillas les roen los filos generosos del alma. Y no pensemos en ellos muy seguidamente, porque su sed de justicia podría encender la nuestra, lanzándonos, como a Alonso Quijano, por los campos de Montiel de este siglo, donde nos esperan más desalmados yangüeses, más canallas esbirros de la Santa Hermandad y más descomedidos y burlones señores de la alta nobleza. Y, también, porque corremos el riesgo de que, durante nuestro sueño, si les hemos fallado como falló Sir Ségramor en la demanda del Santo Grial, vinieran a herirnos como en una noche de lúcida y terrible pesadilla lo hirieron a Franz Kafka, y amaneciéramos con la misteriosa espada de Amadís incruentamente incrustada en nuestro espinazo, la inmensa empuñadura en cruz sobresaliendo al filo de la nuca... Y porque podría ser que, si en ese instante misterioso y terrible, no entrara en nuestra habitación aquel único amigo verdadero que todos tenemos, nuestro Artús del Algarbe intransferible, ese que muchas veces no podemos identificar, engañados por la falsa apariencia, para que nos extrajese la terrible huésped de acero, ella, vengadora, cortase para siempre el hilo de nuestra existencia, que es la única que tenemos, llenando de sangre el misterioso estuche incruento que en nuestro ser la encierra...

ALEJANDRO CARRION